



ARTÍCULO

Lecciones olvidadas de tres economistas difuntos

Lluís Barbé

Departamento de Economía e Historia Económica, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, España

Recibido abril de 2013; aceptado abril de 2013

CÓDIGOS JEL

B12;
B13;
B20;
B22;
B310;
G2

PALABRAS CLAVE

Historia del
Pensamiento
Económico;
Adam Smith;
Francis Y. Edgeworth;
John Maynard Keynes

JEL CLASSIFICATION

B12;
B13;
B20;
B22;
B310;
G2

KEYWORDS

Historia del
Pensamiento
Económico;
Adam Smith;
Francis Y. Edgeworth;
John Maynard Keynes

Resumen En este trabajo el autor se lamenta de la importancia cada vez menor que se otorga a la historia del pensamiento económico en la comunidad académica mundial, defiende que esta recesión está dando lugar a visiones unidimensionales de la obra de los principales autores en economía y afirma que, si lo analizamos de cerca, podemos sorprendernos de la simplicidad de las concepciones más corrientes. Como triple ilustración, básicamente citando algunas partes omitidas de sus trabajos, el autor hace hincapié en los casos de Adam Smith, Francis Ysidro Edgeworth y John Maynard Keynes, que imparten lecciones cruciales ignoradas por la mayoría de la generación actual de economistas.

© 2013 Asociación Cuadernos de Economía. Publicado por Elsevier España, S.L. Todos los derechos reservados.

Forgotten lessons of three deceased Economists

Abstract In this paper the author complains about the receding role of the History of Economic Thought in the global academic community, maintains that this recession is producing unidimensional views of the work of the main economic authors and affirms that by having a closer look we may get some surprises with regards to the standard simplified conceptions. As a threefold illustration, by mainly quoting some overlooked parts of their work, the author points out the cases of Adam Smith, Francis Ysidro Edgeworth and John Maynard Keynes who offer capital lessons that have been disregarded by most of the present generation of economists.

© 2013 Asociación Cuadernos de Economía. Published by Elsevier España, S.L. All rights reserved.

‘Por más egoísta que a un hombre se le suponga, hay evidentemente algunos principios en su naturaleza que hacen que se interese en la suerte y que precise de la felicidad de los demás, aunque no derive nada de ello, salvo el placer de verlo’.

A. SMITH (1759, I, 1, 1).

‘Toda la creación gime y suspira por poner fin a los conflictos, clamando por un principio de arbitraje’.

F.Y. EDGEWORTH (1881, p. 51).

‘Los hombres prácticos, que creen estar completamente al margen de influencia intelectual alguna, son a menudo esclavos de algún economista difunto’.

J.M. KEYNES (1936, p. 383).

1. Introducción

El desprecio evidente hacia la historia del pensamiento económico —ya denunciado por Schumpeter en los años 30s del siglo pasado como ‘vicio anglosajón’— se ha extendido en los últimos treinta años a escala mundial y ya son pocos los economistas profesionales que tengan ahora conciencia precisa del sentido de la obra de los grandes economistas que nos han precedido. La influencia de las ideas de estos grandes economistas se ha visto mermada y tergiversada por el hecho de que en los textos de Economía se ofrecen de ellos imágenes tópicas, unidimensionales y, muchas veces, malintencionadas: a Adam Smith, se le presenta como el defensor integral del liberalismo económico; a todos los neoclásicos, como los grandes sublimadores del mercado competitivo; y a John Maynard Keynes, como el impulsor de políticas monetarias y de déficits fiscales anticíclicos, olvidando otros aspectos de sus obras.

Querría presentar citas concretas de Smith, de Edgeworth por los neoclásicos y de Keynes que pueden parecer más o menos insólitas, pero que, no solamente matizan sus enseñanzas y les dan nuevas dimensiones, sino que también nos los acercan de manera sorprendente hacia nuestro mundo actual. Y pueden servir de lecciones que ayuden a recuperar la carta de navegar a los economistas de las jóvenes generaciones.

2. Adam Smith. *La Teoría de los sentimientos morales* (1759), *La riqueza de las naciones* (1776)

Si queremos captar el sentido de la obra de Smith no nos podemos quedar solamente con *La riqueza de las naciones*, en la que analiza los efectos del interés propio como motivación humana sino que hemos de tener en cuenta su obra previa *La Teoría de los sentimientos morales*, en la que expone que la construcción de la sociedad está basada en el principio moral de la simpatía entre sus miembros. Y entienden por simpatía el juicio favorable nacido de la sensibilidad hacia los intereses ajenos, del sabernos poner en el lugar de los demás para juzgar sus afectos y emociones. Smith nos explica cómo llegamos a este juicio de una forma que es todo un poema:

Cada facultad de una persona es la medida con la que juzga la correspondiente facultad en otra. Juzgo lo que tú ves por lo que yo veo, lo que sientes por lo que siento, tu razones por mis razones, tu resentimiento por mi resentimiento, lo que amas por lo que amo. No tengo ni puedo tener otra manera de juzgarlo (Smith, 1759, I.I.29).

De hecho, si lo traducimos al lenguaje neoclásico, la simpatía de Smith se puede entender como la capacidad para identificarnos con las utilidades de los demás. Pero volvamos a Smith:

El vicio es siempre caprichoso: solamente la virtud es regular y ordenada. El vínculo entre personas que se funda en el amor de la virtud, es ciertamente de entre todos los vínculos el más virtuoso; incluso es el más feliz, y también el más permanente y seguro (Smith, 1759, VI, II, 21).

Para Smith, empero, el interés propio no es un vicio como lo es el egoísmo; interés propio y simpatía son complementarios para el buen funcionamiento de las sociedades. Cada ser humano combina, en su comportamiento, interés propio y simpatía hacia los intereses ajenos en proporciones diversas. Una persona egoísta es aquella con una proporción excesiva de interés propio. Como subraya Alessandro Roncaglia (2006, p. 174), para Smith la oposición entre intereses privados e intereses públicos deviene conflicto irreconciliable solamente cuando se interpreta el interés privado, esto es, el interés propio, como sinónimo de egoísmo. El interés privado tiene dos límites: uno, exterior al individuo, establecido por la Sociedad —la administración de la justicia— y el otro, interior, nos lo marca la simpatía por los intereses del prójimo.

Después, en *La riqueza de las naciones*, Smith hace compatibles los intereses privados con el interés público —introduciendo la metáfora de la ‘Mano Invisible’— pero no admite la causalidad ‘vicios privados, beneficios públicos’ de *La fábula de las abejas* de Mandeville (Roncaglia, 2006, p. 176) —en la que el egoísmo de la abeja reina implica bienestar social para todo el enjambre.

Con todo ello Smith construye un sistema que defiende las libertades individuales, una libertad que consiste en no ser molestado por los demás individuos y que es preciso defender atacando las concentraciones de poder que van contra el interés social o interés público. Por consiguiente, Smith desconfía de los empresarios:

Los intereses de los que trafican en ciertas ramas del comercio y de la industria, son en algunos aspectos, no tan sólo diferentes, sino completamente opuestos al bien público... Toda proposición de una nueva ley o de un reglamento de comercio que provenga de dichas personas se tendrá que analizar con la mayor desconfianza... Esta clase de propuestas proviene de una clase de gente cuyos intereses no coinciden exactamente con los de la comunidad, y más bien tienden a ofuscarla y a oprimirla, tal como la experiencia ha demostrado en muchas ocasiones (Smith, 1776, pp. 241 y 267).

Por eso no es de extrañar que a la muerte de Smith enarbolaran su bandera los pensadores radicales —tales como Thomas Paine o Mary Wollstonecraft— y su obra fuera consi-

derada subversiva. Pero después de los años del terror de la Revolución Francesa, Dugald Stewart (en su ensayo presentado a la Royal Society de Edimburgo, Stewart, 1794) hizo una reinterpretación liberal sin aristas de la obra de Smith que le convirtió desde entonces en el paladín del liberalismo económico. Esta reinterpretación liberal fue acentuada por la escuela de Chicago, que con motivo del bicentenario de la publicación de *La riqueza de las naciones*, anunció a los cuatro vientos en el año 1976, a través de George Stigler: ‘Adam Smith está vivo, goza de buena salud y vive en Chicago.’ (nos lo recuerda también Roncaglia, 2006, p. 176, n. 23).

3. Francis Ysidro Edgeworth. *Psíquica matemática* (1881), pp. 51-56 en la versión original inglesa

Estimulado por la investigación sobre el intercambio, falsamente tildado de bilateral, por parte de Jevons —que era vecino suyo en Hampstead (Londres)— Edgeworth (sobre la génesis de *Mathematical Psychics* puede consultarse Barbé, 2006) analizó matemática y geoméricamente el intercambio de dos bienes entre dos personas y llegó a su conocida ‘curva de contrato’, en la que cada punto es un máximo relativo, el punto en el que siendo constante la utilidad de una de las partes, la utilidad de la otra es un máximo.

El resultado posible del intercambio es indeterminado a menos que se añadan más y más parejas que intercambian —abandonando de hecho el intercambio bilateral— y se acaba formando un mercado competitivo que reducirá la curva de contrato a un solo punto, el punto de equilibrio de una economía competitiva, también llamado, desde 1959, el corazón o núcleo del intercambio competitivo.

En los demás casos habrá regateo. Regatear significa, de hecho, valorar de alguna manera la utilidad del contendiente. Y aquí Edgeworth, recordándonos implícitamente al Smith de *La Teoría de los sentimientos morales*, nos indica que valorar la utilidad del contendiente significa dejarse llevar por nuestra simpatía hacia él.

A medida que crece la simpatía y con ello la apreciación de la utilidad del otro, la curva de contrato se va encogiendo. Cuando se valora la utilidad del prójimo tanto como la propia —tal como deberían hacer los políticos en democracia— se llega al punto utilitarista, que maximiza la suma de las utilidades:

A medida que los coeficientes de simpatía aumentan, el utilitarismo se refuerza y la curva de contrato se encoge hasta convertirse en el punto utilitarista (Edgeworth, 1881, p. 53, nota 1).

En la mayor parte de situaciones, en las que no se dan mercados competitivos, nos dice Edgeworth que:

... aparece una demanda general para establecer un principio de arbitraje que permita resolver la indeterminación esencial que prevalece en la política internacional y doméstica, entre naciones, clases, sexos (Edgeworth, 1881, p. 53, nota 1).

¿Dónde hemos de buscar este principio de arbitraje? —se pregunta Edgeworth. Y responde:

En la *justicia*, contesta el moralista... Pero la estrella de la justicia no proporciona una guía segura... a menos que refleje los rayos de una luminaria superior: el utilitarismo... En esta dirección hemos de buscar el principio requerido. De hecho, hemos de dirimir el arbitraje entre contratantes económicos en un punto de la curva de contrato y el punto utilitarista puede escogerse, en ausencia de cualquier otro principio de selección, en virtud de sus peculiaridades morales: satisface la simpatía de cada uno con los demás, el sentido de la justicia y la equidad utilitarista... *La competencia debe complementarse con el arbitraje y el arbitraje entre contratantes centrados en el interés propio es la máxima suma posible de utilidad total* (Edgeworth, 1881,, p. 51-56).

Contrariamente a lo que nos quieren hacer comulgar hoy en día, y tal como subraya John Creedy (1986, pp. 81-85), Edgeworth explica que el punto utilitarista y el punto competitivo de una curva de contrato no siempre coinciden y, por lo tanto, el mercado no siempre conduce a la mejor solución para las sociedades pretendidamente democráticas. En este sentido, en su *Discurso presidencial de la Sección de Economía y Estadística de la British Association*, del año 1889, afirma que:

Según puede discernirse claramente, la determinación [bajo el criterio] utilitarista no tiene en absoluto que coincidir necesariamente con la posición a la que tiende la libre competencia... teóricamente se puede mantener que pueden haber ajustes de contrato más beneficiosos que el que tiende a establecer el juego mecánico de la competencia (discurso incluido en Edgeworth, 1925, vol. II, p. 284).

Por eso Edgeworth explicaba en su programa de lecciones de Economía Política la ‘Teoría del regateo’, que es más general que el ‘Análisis de los mercados’ y se plantea desde el intercambio bilateral con o sin arbitraje hasta las situaciones de mercado competitivo. No hace como Marshall que pone el análisis de los mercados en el centro. El mundo económico que analiza Edgeworth viene presidido por instituciones que arbitran los regateos que se producen. La teoría de Edgeworth, pues, puede servir perfectamente de base analítica para los economistas institucionalistas; parece, por su obra, que así lo hizo John R. Commons. Y también parece que influyó en la obra del coeditor con Edgeworth del *Economic Journal* entre 1919 y 1925, un joven economista y precoz financiero llamado John Maynard Keynes (sobre la influencia de Edgeworth sobre Keynes puede consultarse mi artículo en esta revista, Barbé, 2007).

4. John Maynard Keynes. *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (1936), Cap. 12, VI, pp. 158-160 en la versión original inglesa de Macmillan

Hay un par de páginas en la Teoría General de Keynes que conviene que lean las nuevas generaciones porque les permitirán ver que el gran economista y experto financiero inglés tenía claro qué convenía hacer con las grandes bolsas de valores:

Si me permiten apropiarme del término *especulación* para designar la actividad de prever la psicología del mercado y el término *emprendeduría* para la actividad de prever el rendimiento prospectivo de activos a lo largo de su vida entera, puedo decir que no se da inevitablemente el caso de que la *emprendeduría* predomine sobre la *especulación* (Keynes, 1936, p. 158.).

Establecida esta distinción entre *emprendeduría* y *especulación*, Keynes prosigue:

Cuando la organización de los mercados de inversión mejora, el riesgo del predominio de la *especulación* aumenta. En uno de los mayores mercados de inversión, el de Nueva York, la influencia de la *especulación* en el sentido anterior es enorme. [...] Es raro que un americano invierta, tal como muchos ingleses hacen, ‘por la renta’; y no estará dispuesto a invertir a menos que crea que el capital se le apreciará, que se dará un cambio favorable en la base convencional de evaluación. Es decir, el americano actúa como un especulador.’ (Keynes, 1936, p. 159).

¿Y hasta qué punto es alarmante este dominio de la *especulación* sobre la *emprendeduría*? Sigamos a Keynes:

Quizás los especuladores no sean perjudiciales mientras sean como burbujas dentro de una corriente regular de *emprendeduría*. Pero la posición deviene comprometida cuando la *emprendeduría* se convierte en la burbuja dentro de un remolino de *especulación*. Cuando el desarrollo del capital de un país se convierte en un subproducto de las actividades de un casino, la tarea suele hacerse muy mal. Si consideramos la bolsa como una institución cuyo propósito social es el de dirigir la nueva inversión hacia los canales más provechosos en términos de rendimientos futuros, la medida del éxito alcanzado por Wall Street no se puede presentar como uno de los triunfos excelsos del capitalismo del *laissez-faire*. Eso no me sorprende en absoluto, si no me equivoco al pensar que los mejores cerebros de Wall Street se han dirigido, de hecho, hacia un objetivo diferente. De hecho, estas tendencias son el resultado casi inevitable de haber organizado mercados de inversión con liquidez. (Keynes, 1936, p. 159)

Para Keynes, pues, permitir que los mejores cerebros de las bolsas tengan como objetivo el enriquecimiento a corto plazo de sus clientes conduce inevitablemente al predominio de las operaciones especulativas, en detrimento de las operaciones que les son propias: las de financiación de las empresas. Y es natural que haya esta tendencia porque el ‘capitalismo del *laissez faire*’ lo exige a los profesionales de las bolsas. Si comprando y vendiendo constantemente en bolsa se aumentan los beneficios de los clientes, los agentes vienen obligados a hacerlo. ¿Y cómo se podría evitar? Escuchemos a Keynes, que sigue desarrollando la acertada metáfora de los casinos:

Se está de acuerdo usualmente, por aquello del interés público, en que los casinos sean inaccesibles y caros. Y quizá lo mismo sea válido para las bolsas. Que la bolsa de Londres cometa pecados más pequeños que la de Nueva York se puede deber al hecho de que sea mucho más inaccesible y cara. Las comisiones, gastos y el fuerte impuesto a las transferencias que gravan las operaciones de la London Stock Exchange disminuye suficientemente la liquidez del mercado comparada con la de Wall Street. La introducción en los Estados Unidos de un impuesto substancial del gobierno para las transferencias en todas las transacciones puede ser la reforma más efectiva y fácil de conseguir de cara a mitigar el predominio de la *especulación* sobre la *emprendeduría*. (Keynes, 1936, pp. 159-160)

Tenemos, por tanto, que Keynes ya propone ‘un impuesto substancial del gobierno para las transferencias en todas las transacciones’, aquel impuesto al que ahora se llama la tasa Tobin, en honor de James Tobin, un premio Nobel keynesiano, que no declinó —que yo recuerde— la mención de su nombre en favor del de su maestro. De hecho, lo que ha ocurrido con las grandes bolsas ha sido lo contrario de lo que pedía Keynes. No solamente no se han puesto limitaciones y tasas a las operaciones especulativas en Wall Street, sino que en la City de Londres los gobiernos conservadores del último cuarto del siglo pasado suprimieron las que habían existido, con los resultados que ahora nos tocan sufrir a nivel mundial. No es preciso imaginar qué es lo que nos aconsejaría Keynes respecto a la crisis financiera si ahora estuviera vivo. Es que ya nos dijo, alto y claro, qué era lo que se tenía que hacer.

Bibliografía

- Barbé, L., 2006. Francis Ysidro Edgeworth. S. Pub. Univ. Autónoma Barcelona, Bellaterra. (Hay versión inglesa bajo el mismo título, publicada por Edward Elgar, Cheltenham, Inglaterra, 2010).
- Barbé, L., 2007. Influencia y resonancia de la obra de F. Y. Edgeworth. Cuadernos de economía 30, 2-26.
- Creedy, J., 1986. Edgeworth and the development of neoclassical economics. Basil Blackwell, Oxford.
- De Mandeville, B., 1714. The fable of the bees, or private vices, public benefits. J. Roberts, Londres.
- Edgeworth, F.Y., 1881. Mathematical psychics. C. Kegan Paul, Londres.
- Edgeworth, F.Y., 1925. Papers relating to Political Economy. Burt Franklin, Nueva York.
- Keynes, J.M., 1936. The general theory of employment, interest and money. Macmillan, Londres.
- Roncaglia, A., 2001. La ricchezza delle idee. Manuali Laterza. (Hay versión española de Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006, La riqueza de las ideas, Zaragoza).
- Smith, A., 1759. The theory of moral sentiments. A. Millar, Londres.
- Smith, A., 1776. An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations. Strahan & Cadell, Londres.
- Stewart, D., 1794. Account of the life and writings of Adam Smith LLD. Transactions of the Royal Society of Edinburgh 3, 55-137.